



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9833

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 10 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La responsabilidad á la Administración.

MARTES 14 DE AGOSTO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Un artículo en harramental agrícola
adornos, espino artificial, palas, azadas, comunes, azadas para vifias, lechuzas, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofsks, bombas, abitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y distintas clases, pedestales, jardines, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, macas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

UNA NOCHE DE FERIA EN CARTAGENA.

(NOTAS DE VIAJE.) (1)

Palabra que no entiendo á los poetas; en cambio, el ilustre Schaaf me entiende á nosotros y por él he podido, leyéndolo en una de sus obras, que «el alma tiene ojos.» Ciertó filósofo ha ido más lejos en las afirmaciones psíquicas declarando que el hombre es alma, por ser un ser poco eficiente, poco eficiente (que dijera Godio), oscuro «el alma tener. Para mí, Schaaf resulta adorable y el filósofo está en lo justo. Según éste, por habernos empeñado en sostener que el hombre tiene alma, la humanidad ha estado en estériles disputas. Yo cuando me inclino al gran sofista Campoamor, que duda de todo cuanto se dice de tejas abajo, y de tejas arriba cree. Como asegura Kankobick, a pesar de ser griego, los hombres son malos, y las mujeres, con todo ser malas, son encantadoras. ¡Qué no diría Kankobick si acertara á

(1) Y como tales notas, simples impresiones artísticas.

visitar en una de estas noches á Cartagena!

Pero lléveme el diablo si sé cómo he dado en semejantes pensamientos. Para hablar de una feria no hace falta filosofar (perdóneme usted González Serrano, que no conoce á Sökel). ¡Sökel! El poeta más ateo de todos los poetas, ha escrito en un verso sublime (*sublime*, con permiso de Clarín): «tengo el alma herida por sus ojos azules» y ahora ya estamos con los ojos y con el alma de Shaaf, y con el hilo que nos saque de este dedalo: porque el hombre puede disputar cuanto quiera si el alma existe ó no existe; pero no hay artista que no se sienta así mismo (Sökel prueba que el filósofo está en lo cierto.)

Sintiéndome á mi mismo, pensando con Schaaf (mi amigo, aunque sea inmodestia) que «el alma tiene ojos», entré la otra noche en el muelle de Alfonso XII.

Llaman á *aquello* algunos el Real de la Feria: yo que soy cuando escribo *realista* impenitente, protesto de tan *impropia* clasificación. ¿Qué tienen que ver con *aquello* las realidades? *Aquello* es el paraíso; entra uno y la luz deslumbra los ojos; quedase ciego, y por suerte Schaaf está en lo firme, y camina quien ha cegado sin dar tropiezos. «El alma tiene ojos.» Pero esos ojos ¡ay de mí! se enredan en las caras de las mujeres. ¡Y qué mujeres! Yo no sé si son malas ó buenas, pero estoy seguro que si Kankobick viniera por acá, no se contentaría con afirmar que son encantadoras; he viajado mucho, he visto países diversos, porque sin sentir el anatema del judío errante, hay perpetuamente en mi naturaleza artística una voz que dice «anda, anda: pero en ningún lado como en Cartagena he visto tanta mujer hermosa. Cuando digo en Cataluña que aquí «no hay que buscar las mujeres lindas, sino las mujeres feas», por poco si se rien de mí. Y sin em-

bargo, apuesto doble contra sencillo á que si Campoamor viese una de estas veladas esplendorosas de Julio y Agosto, no sabría cómo expresar su admiración habiendo asegurado ya de Valencia que allí (1) «los hombres son rufianes, y las mujeres son ángeles»

La feria no es más que un pretexto para convertir el muelle en salón. Los confortistas escribirían que allí la luz rutila como en los soles ó que hay una borrachera de luz. El ambiente es diáfano, y á mí se me figura que el cielo está más bajo que en ningún lado de la tierra. Diríase que con extender el brazo se van á cojer las estrellas y la luna. La vía láctea resplandece con fulguraciones vivas. Sin haber flores en aquel paralelogramo rectangular, percíbense perfumes y es porque las mujeres huelen á rosas. Quien lo dude no tiene más que sentarse al lado de una de ellas: se embriaga, entorna los ojos para soñar como los sibaritas, y el hombre más adusto se vé forzado á ser galante. Verdad es que las damas lo son al propio tiempo, y que la música ayuda con sus sonos á exaltar el espíritu y quemarle en la poética llama de la ilusión.

Lo dicho y no me arrepiento: allí no hay feria, y como los ojos han cegado, los queda á los mortales el alma de que ha hablado Schaaf. Con el alma se vé y se admira aquel desfilé bullicioso, al ir y venir con tanto como de ola marina: en el alma vibra aquel murmullo apagado y dulce de las gentes que han tomado el real, ó el salón, ó la feria por tertulia.

¡Y qué tertulia! Una tertulia inmensa, adorable por sus encantos, y porque en esta tierra alegre se ha convertido el afecto y la hospitalidad en religión.

(1) No me lo tomen en cuenta los hombres con quienes no quiero nada, con las mujeres, sí, hasta el séptimo cielo de los musulmanes.

Tarde era, mucho más de las doce, y aún estaba yo allí, aspirando con avidéz la brisa del mar, de ese mediterráneo que según Pompeyo Gener alimenta el cerebro de los grandes hombres y que aquí, dentro del puerto, en las noches serenas y apacibles, tiene todas las bellezas de los lagos de Suiza, y toda la grandiosidad de la naturaleza salvaje. Las luces se habían apagado; la multitud había desaparecido, y en pequeños grupos, quedaban, aquí y allá, sin duda varios ilusos como yo, y como yo sintiendo el afán de vivir y la embriaguez dulce de la poesía humana. No iluminaban más que los soles, esplendorosos como en las ricas y fastuosas regiones del Sur. El bullicio velase reemplazado por una quietud poética, y el voluptuoso silencio, vino á turbar un concierto de notas aladas, vivas, como de walses y paso dobles. Alguien me regalaba los oídos, ejecutando con admirable limpieza en sugestivo acordeón. Entorné más los ojos aún y pensé en las terrazas de Nápoles, y me acordé de la tarantela que cita Lamartine con inefable recogimiento. Cuando me retiré á descansar, después de haber escuchado una diana vigorosa del maestro Reig, aún resbalaban por mí sermullitos y armonías, y representábase como la escena del muelle, con su esplendor de luz y su corte de bellezas y su intimidad adorable. «El hombre es alma» dije con el filósofo y me sentí á mi mismo como los artistas y los poetas.

¡Oh Cartagena, ciudad hermosa; yo he venido á verte, enamorado de tí, desde remotos países, sin otro afán, que gozarme bañándome en la serena y cálida luz de tu ambiente y adormirme en la misteriosa poesía de tu seno. En la ausencia mi espíritu está lleno de tí, y presente, Cartagena ilustre, si no tengo merecimientos para honrarte, te saludo de todo corazón!

J. F. LUJAN.

Cartagena 13 Agosto 1894.

TIJERETAZOS

En Martos (Jaen) un marido intentó quitar la vida á su mujer, la cual, huyendo, se refugió en casa de sus amigos. El marido, en persecución de su mujer, penetró en la casa y allí, de un balazo en el pecho, mató á una vecina que estaba dando de mamar á un niño. ¡Valiente tirador sería el tal!

Los vecinos del puebleto de Genta han pedido formar un cuerpo de voluntarios para combatir á los moros de Melilla. Gracias, muchas gracias. Pueden ustedes retirarse por que eso corresponde á los soldados de la patria.

Hablando de la fiesta mayor de Mollet (Cataluña) dice un colega de por allá que el elemento joven de allí es numeroso.

¿Cómo será esto?
¿Se plantará la gente para no llegar á vieja?

¿O sabe ser así ó el elemento joven de Mollet es tan numeroso como el de cualquier parte.

Dice un periódico de Barcelona: «El gobernador civil ha dispuesto que á las doce de la noche termine el juego del «burro» en todos los establecimientos públicos, á cuyo efecto ha dado las órdenes oportunas á los inspectores de vigilancia.»

Ya lo saben ustedes. El gobernador de Barcelona no permite jugar al «burro» de madrugada. Ahora devánense ustedes los escos haciendo el par qué.

Dice *El Noticiero* de Barcelona: «En la casa número 3 de la calle de Ovidiana, ha habido esta mañana un hundimiento, no habiendo que lamentar desgracia por la circunstancia afortunada de tener tomado dicho local en arriendo la Hacienda y no estar por lo tanto habitada.»

Es por lo tanto vale un Peró. Nosotros sabemos que la Hacienda tiene en arriendo edificios que se están cayendo—eso sí—pero que están habitados varias horas al día.

A menos que el colega catalán crea que los impresores son sádicos.

En otros casos dice *El Noticiero*:

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 281

—Pile á Jehovah, contestó el judío, que te preserve de ella, cuando se haya extinguido el licor protector que encierra este pomo. Y bien; estoy dispuesto á mostrarte su poder, que traigan un ave ó un animal cualquiera.

Aixa se dirigió á la puerta frontera á aquella á la que se había encaminado el alquimista, y llamó con la empuñadura de su puñal.

Poco después una joven negra, su esclava favorita, apareció en la puerta:

—Mi hacedor de África, la dijo.

Un momento después tornó la esclava con un hermoso pájaro de cetrería, que espeluznó alegre su plumaje al ver á la sultana y voló á su hombre.

La esclava se retiró á una sala de Aixa, que así al hacedor por las alas.

—Veamos, dijo.

Jetzam se apoderó de la cabeza del ave, despojada de la espumosa, abrió su coryo pico, y á pesar de su resistencia, le hizo tragar una sola gota del licor, encerrado en la ampolla.

El pájaro se estremeció, espeluznó en una convulsión terrible, lanzó dos agudos chillidos, dobló la cabeza y espiró arrojando por el pico un hilo de negra sangre.

La sultana lanzó jade de sí el hacedor, tomó de manos del judío la ampolla y el pomo, con las manos

280 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

un pomo de oro de su hopalanda, pero el licor que aquí se encierra es mucho más precioso que ese otro, cuando es preferible la vida á la muerte.

—Por qué me tienes, exclamó dijo la sultana arrojando á los pies del judío un pesado bolsón de cuero que produjo un sonido metálico y sonoro sobre el pavimento. Toma y dame.

El judío entregó el pomo á la sultana, recojió el bolsón, abrióle y llenó su mano de monedas de oro.

—Doblas juzefinas! exclamó con una repugnante alegría expresión de la sordidez más refinada.

—Véte, dijo la sultana.

Jetzam se inclinó, besó la orla de su túnica, y luego se encaminó á una de las puertas.

Un pensamiento de desconfianza cruzó por la mente de Aixa.

—Espera, hebreo, repuso.

Jetzam se detuvo.

—Quiero saber si me puedes dar de tí, babe.

Y le presentó al pomo de oro y la ampolla de vidrio.

El judío sin vacilar tomó el pomo, hundió en él boca con el licor que contenía, y luego trajo algunas gotas del que guardaba en la ampolla de vidrio.

—¿Tú, dijo la sultana, ves cómo, cuando me encierra que lo que guardo en esa botella, es una cosa que agna?

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 277

de ladrillo agrandado de forma cuadrada y sostenida por aguilones.

Una lámpara colgada del techo parecía ser inútil, y palidecía envuelta en las cenizas vivas resplandecientes de la llama de un hornillo, sobre el cual hervía en una vasija de barro un brebaje verdinegro, de olor punzante y nauseabundo.

El hombre, que se ocupaba en soplar de vez en cuando el hornillo con un cañón de arcabuz inútil, y mohoso, era harto viejo; su cuerpo había profundizado más que la edad, las arrugas de su semblante pálido y demacrado, y la ciencia había dado á sus ojos hundidos una expresión fija y severa.

Este hombre vestía el traje de los médicos judíos, y parecía indiferente á todo, abnegado en la satisfacción de la ciencia que hervía en la vasija.

La mujer, envuelta en un manto de color oscuro descubría el cuello; sus ojos parecían estar hundidos en las órbitas; sus labios de un negro mate, parecían estar pegados á la parte inferior de su boca; sus manos parecían estar envueltas en el fuego.

En severa frente estaba cubierta por una nube oscura; sus ojos parecían estar hundidos en las órbitas; sus labios de un negro mate, parecían estar pegados á la parte inferior de su boca; sus manos parecían estar envueltas en el fuego.